

# CUADERNOS DE HISTORIA 1

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTORICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 1981



*Homenaje a Benjamín Vicuña Mackenna*

## LA RELACION HUMANA DE VICUÑA MACKENNA

*Regina Claro*

*A*mo la amistad de todos los corazones; es para mí una dicha tener amigos en todas partes; pero prefiero y busco con ansiedad el afecto de los que tienen la virtud y el talento". (De su Diario Intimo).

Fueron éstos los sentimientos que presidieron las relaciones de Vicuña Mackenna con sus semejantes.

Amó de veras la amistad, que consideró enriquecedora de la existencia; la buscó por doquier y supo cultivarla con lealtad e independenciam. Tomó a la gente por su valer, acercándose a ella con una buena disposición de espíritu que le llevaron a descubrir y destacar sus mejores atributos, cualquiera fuese su condición, y a brindar su ayuda, si era necesaria. Creyó en la humanidad; hombre sin odios, no nació para juzgar, como le dijera Lastarria, sino para escudriñar y dar a luz siempre lo más positivo de una persona y disculpar lo demás. Reconoció el mérito y el talento donde lo viera y le rindió admiración sin envidia y adhesión sin servilismo, pues, aunque profundamente leal con sus amigos, lo fue aun más con sus convicciones. Sostuvo lo que creía justo con firmeza, aún en contraposición de quien admirase o amase. Gracias a ello, y pese a tener enemigos políticos, fue un hombre que ganó la estimación y el respeto de partidarios y opositores.

Como historiador, se aproximó a las figuras del pasado con la misma actitud optimista y benevolente. Al investigar a un personaje, lo hacía como si estuviese delante de un nuevo amigo; trataba de penetrar su ser íntimo, de descubrir sus móviles y comprenderlos, de hacer resaltar sus cualidades y pasar por alto sus defectos, si éstos no influían en su acción. En ello lo guiaba otro de sus grandes sentimientos: el amor por Chile. Al resaltar los valores de aquellos que formaron nuestra nación, fomenta el amor patrio; intenta sentar ejemplo para las generaciones venideras y despertar su orgullo y un sentido de emulación. Su independenciam espiritual le permite, al historiar, pasar por encima de viejos



rencores; la sensibilidad y fantasía de su ancestro irlandés le llevaron a recrear las escenas gratas de sus personajes. Al rendir culto a la personalidad, convierte gran parte de sus historias en biografías.

Si él dice que prefiere la amistad de los que tienen virtud y talento, no es por halago de su vanidad. Acudía modesto y ávido a la fuente de la sabiduría, a extraer el zumo con que hombres superiores a él pudiesen alimentarlo. Así, en verdadero itinerario de talentos, durante su primer exilio entre 1852 y 1855, recorrió los gabinetes de hombres de excepción. En Boston visitó con veneración a William Prescott; en París a Esteban Geoffroy de Saint-Hilaire y a Claudio Gay, además de seguir las lecciones de Girardin sobre Literatura y de d'Orbigny sobre Paleontología; en

Italia hurga recuerdos del Abate Molina y acude donde César Cantú. Y en Berlín conversa sobrecogido con Alejandro de Humboldt ya de 85 años. Al regreso, cultiva en Argentina su gran amistad con Bartolomé Mitre y frecuenta a Sarmiento. En Chile ya desde la adolescencia, se había relacionado con quienes pudiesen guiar su criterio.

No hemos de extrañarnos pues, que pese a separarlos medio siglo —dos generaciones— haya podido florecer una amistad entre Andrés Bello y Vicuña Mackenna, marcada por deferencia y aprecio del anciano hacia el joven y de admiración y respeto de éste por aquél. Sentimientos que se mantuvieron a pesar de sus diferentes criterios con respecto a la sociedad, y a que los separase, además de la edad, la distancia espiritual que media entre el sentido clásico y el romántico, entre la mesura y lo desbordante. Sin embargo, estos hombres se apreciaron y la sincera amistad entre ellos perduró aun en momentos de controversia intelectual.

Al año siguiente, el contacto sería más conflictivo. Vicuña había ingresado a la Academia de Leyes y Práctica Forense, con el objeto de obtener el título de abogado. Fue expulsado de ella por su Director don Francisco Meneses, al objetar el que la Academia suscribiera una felicitación al recién designado Ministro de Justicia don Máximo Muxica. Apeló de esta decisión ante el Consejo Universitario, pero don Andrés lo declaró incompetente para resolverla. Días después, sin embargo, es el propio Bello quien gestiona un avenimiento entre las partes, poniendo fin a un conflicto que adquiría proporciones. El joven rebelde quedó reincorporado a la Academia. Don Andrés no consideró su actitud como un desacato a las autoridades universitarias.

Las vicisitudes políticas que determinaron los años siguientes de la vida de don Benjamín, distanciaron al joven del anciano; el contacto periódico sólo se

renovaría en 1862. En 1857 el intermedio entre sus dos exilios, Vicuña Mackenna se había recibido de abogado con su tesis sobre "El sistema penitenciario en general y su aplicación en Chile", en que hace planteamientos precursores sobre la responsabilidad que le cabe al ambiente social en las causas de la delincuencia.

Luego de su regreso definitivo al país, al iniciarse el período presidencial de don José Joaquín Pérez, el gobierno lo designó miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades. El 30 de agosto de 1862 prestó juramento ante el Consejo Universitario, donde fue recibido por el Rector Bello en elogiosa presentación. De acuerdo al Acta oficial de esa sesión, resaltó los méritos del novel incorporado destacando su "laboriosidad, su espíritu investigador, su fecundidad y su entusiasmo por el cultivo de las letras y de la historia, antecedentes que hacían esperar que sería un útil colaborador de la Universidad en los trabajos en que se hallaba empeñado".

Y efectivamente, Vicuña, como en todas las cosas, se dispuso a intervenir con entusiasmo en el quehacer universitario. Sus relaciones entonces con Bello eran afectuosas y deferentes, pero no íntimas; irían estrechándose en el ocaso de la vida del maestro, con las visitas que le hacía en las tardes de domingo y que recordará después como verdaderas fiestas del espíritu. No fue ello óbice para que, dentro de la Facultad, nuestro rebelde miembro emprendiera la campaña contra la enseñanza del latín en los cursos secundarios, disciplina defendida vigorosamente por el anciano.

Al morir Bello, en 1865, Vicuña Mackenna se encontraba en EE.UU. en la misión que el gobierno le confiara a raíz de la Guerra con España. Hace un siglo, al cumplirse el primer centenario del nacimiento de don Andrés, su prestigioso discípulo fue designado para rendirle homenaje en la romería a su tumba. Ese 29 de noviembre de 1881, al pronunciar la corona fúnebre con su elocuencia característica, revive todos aquellos atributos que él más admirara, trazando la definición del ideal de sabio; eran justamente las cualidades que él buscó desarrollar en sí mismo. El interés por todas las ramas del saber y el deseo vehemente de transmitirlo para beneficio de futuras generaciones, aureolada luz que nos atrae e, inalcanzable, se aleja, pero nos hace avanzar en el camino del saber. Vicuña Mackenna lo llama sabio universal y eminentísimo, enciclopedista y cosmopolita; reitera su sublime condición de maestro, y el recuerdo de aquellas tardes dominicales le hace decir, "cuando su palabra (...) era solicitada y respondía sonora, cual si fuera el eco de su potente espíritu, el anciano desaparecía como dentro de una misteriosa transfiguración. Y entonces sólo quedaba en presencia de la juventud, el amigo de la juventud, el maestro inimitable de tres generaciones". Terminará diciendo que la luz que de él emanó "fue alimentada por el pábulo de cien ingenios por él adiestrados, y así brilla todavía en la altísima lumbrera colocada por su esfuerzo, su propaganda y su enseñanza en excelsa cumbre".

La universalidad y la maestría del genio, como metas de todo espíritu superior. Y don Benjamín, aunque no fuese su oficio, fue a su vez maestro y

estímulo de quienes podían seguirle. Valga sólo un ejemplo: su actitud con José Toribio Medina.

En 1876, la Facultad de Filosofía y Humanidades le solicitó un informe sobre el trabajo literario del joven Medina, titulado "Estudios sobre la literatura chilena del coloniaje"; no sólo lo criticó favorablemente, sino que, gracias a su recomendación, lo hizo acreedor al premio del Certamen Literario. Al informar el trabajo, sienta una tesis general, que sostiene que no puede escatimarse el estímulo a los jóvenes que en medio de un mundo prioritariamente interesado en actividades rentables, están dispuestos a realizar esfuerzos que sólo aportan pobreza y sinsabores. Así retribuyó en Medina, el aliciente que casi treinta años antes recibiera del maestro por excelencia.

Cincuenta años separan también el nacimiento de Luis Galdames del de Vicuña Mackenna. No creemos habernos contagiado con fantasía irlandesa al decir que, de habérselo permitido la vida, habría acogido y estimulado al historiador en ciernes. Aun sin la posibilidad de contacto personal, Galdames trató de conocerlo y se acercó a él con el mismo espíritu con que caracterizamos más arriba su gestión de investigador. Fruto de ello es una extensa y documentada obra en la que intenta penetrar el ser íntimo de don Benjamín y explicar su carácter, sus pensamientos, sus motivaciones. Da a luz así "La Juventud de Vicuña Mackenna", trabajo con el que se asocia en forma sincera y cariñosa al homenaje que se le rinde en el primer centenario de su nacimiento y que es uno de los que lo colocan en el sitio que ocupa este año, junto a los otros dos ilustres homenajeados.